

# Bulla en el claustro

## Los cartujos toman la Biblioteca de La Rinconada

Antonio Fernández Navarro.  
Biblioteca Pública Municipal  
de San José de La Rinconada  
(Sevilla)

Define el diccionario la palabra bulla como “ruido confuso de gritos, voces y risas (...) aglomeración confusa de gente”. Y es verdad, hubo algunos gritos, bastantes voces y sobre todo mucha gente, gente que reía, disfrutaba y a veces quedaba un poco confusa ante el milagro operado por los frailes Victoriano y David, religiosos de la Cartuja de Casaluenga.

Pues han de saber, estimados lectores, que en La Rinconada existió antaño un monasterio cartujo, que hoy día se halla convertido en una moderna explotación agraria y cooperativa de transformación de productos agrícolas. Dice la leyenda que un túnel unía, cruzando bajo el río, nuestra Cartuja de Casaluenga con la Cartuja de Santa María de las Cuevas de Sevilla, lugar donde se realizó la Expo'92.

Pero bien, vayamos al grano, ¿qué hacen dos cartujos en una Biblioteca Pública? Es una larga historia que debemos contar desde el principio.

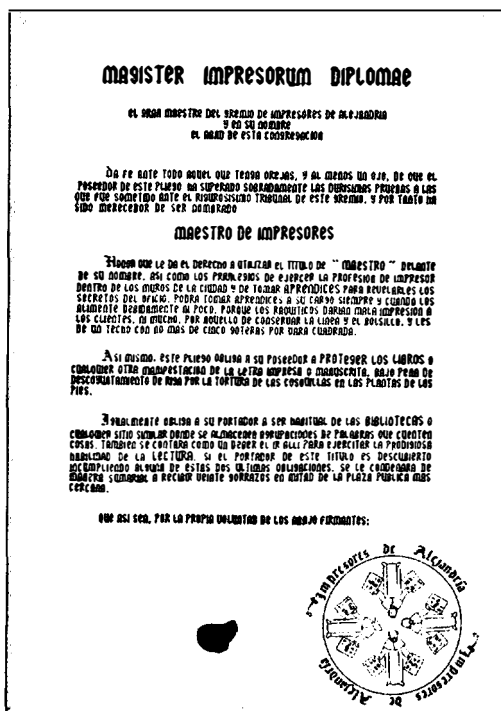
Hace varios años que las bibliotecas de La Rinconada y de San José de La Rinconada, dos pueblos con un solo ayuntamiento, decidieron abrirse a los usuarios en potencia existentes en nuestra localidad. Al principio, como es de suponer, fueron muchísimo mayores la voluntad y las ganas de trabajar que

los medios con que contábamos. Fuimos desarrollando una labor callada, sin alharacas ni tambores, que era muy bien acogida por los profesionales de la enseñanza, pero que no transcendía al resto de los lectores.

Poco a poco, y ante la sorpresa de algunos políticos un tanto desconcertados, desarrollamos un programa de animación a la lectura, al que le tuvimos que echar encima bastante imaginación para que no se quedara en una serie de actos aislados. Si bien las dos bibliotecas seguimos la misma vía, cada una tiene plena autonomía a la hora de llevar a cabo un determinado taller.

La animación a la lectura representa una de las caras de la biblioteca; la cara festiva y dinámica, la que a veces es desdeñada por sesudos personajes que rondan nuestra biblioteca. La animación a la lectura tiene de bueno que cabe casi todo en ella. Como bien decía Blanca Calvo “apagar la luz y empezar a leer al resplandor de las linternas cuentos de miedo con los niños es animación a la lectura, (...) convertir la biblioteca en restaurante y ofrecer a los usuarios manjares literarios es animación a la lectura (...) meter libros en la maleta cuando se va de vacaciones es animación a la lectura” (1). A todo esto añadimos nosotros que comer pan con miel, llenarse las manos de tinta negra o respirar el grato olor del agua de rosas también puede convertirse en animación a la lectura, y más adelante veremos cómo.

La biblia de los bibliotecarios que comenzamos nuestra labor allá por los años ochenta y pocos, es decir, el libro de Carrión Gútiérrez, *Manual de Bibliotecas*, ya nos hablaba de un “servicio de extensión cultu-



ral en la biblioteca pública" (2). Carrión señalaba las exposiciones de los fondos bibliográficos, las conferencias y las proyecciones, entre otras actividades, como integrantes de la extensión cultural de la biblioteca. Y siguiendo sus indicaciones comenzamos nuestra tarea de animación a la lectura. Primero con la hora del cuento y la elaboración de murales en conmemoración del día de Andalucía, para pasar luego a las sesiones de cine y los trabajos con alumnos de Educación de Adultos. A medida que el tiempo transcurría nos íbamos dando cuenta de que nuestros usuarios demandaban nuevas y más "serias" actividades, y decidimos acudir al profesional del ramo y buscar a nuestros aliados, como los denominan Angclina, Carmen y Cristóbal (3).

El destino quiso que los "Piratas de Alejandría" llegaran un día a La Rinconada a través del río Guadalquivir. Estos piratas, un tanto originales y nada al uso, colaboran con nuestra biblioteca desde hace tres años. Tímidamente al principio, y con gran despliegue de medios en sus últimos talleres, lo que ha provocado que, al día siguiente de salir a la luz la oferta de actividades de nuestra biblioteca, la línea telefónica casi saltara en pedazos ante las incesantes llamadas de los centros de enseñanza y asociaciones de nuestro pueblo interesándose por las mismas.

Una de las actuaciones más recientes de los "Piratas de Alejandría" ha sido la llevada a cabo el pasado mes de abril con motivo de la celebración del Día Internacional del Libro. Unos sesenta chavales de doce a dieciséis años, algo asustados los más pequeños y sorprendidos los mayores ante el sonido del canto gregoriano y la presencia misteriosa de varios monjes cartujos, rememorarón la historia de la escritura y la invención de la imprenta.

Para preparar la actividad que pasaremos a comentar, llamada *Hermanos de Gutenberg*, debimos contar con varios "aliados" de nuestra biblioteca. En primer lugar, Horacio diseñó y construyó en panel unas espectaculares columnas de estilo románico-rinconero que, convenientemente pintadas, constituían el claustro de la Cartuja de Casaluenga.

Dicho claustro fue situado en el salón de actos contiguo a la biblioteca, con lo cual su actividad se desarrollaba en dos espacios

bien diferenciados que servían para que los chavales distinguieran perfectamente las dos partes de la misma.

En la puerta del edificio donde se encuentra la biblioteca, el bibliotecario pone en situación a los asistentes y les recuerda que van a entrar en un lugar consagrado a la oración y en el que reina el silencio. Había que ver la cara que ponían aquellos que llevaban el "gualman" enchufado a la oreja y a todo volumen.

Al entrar en el claustro, nos reciben los hermanos Victoriano y David, que nos van a conducir en un viaje a través del tiempo por toda la Cartuja.

La primera sorpresa de los chavales es la música que suena. Es canto gregoriano ¡pero suena tan cerca! como si las voces estuvieran tras las cortinas. De nuevo son los "aliados", los piratas cantores.

Victoriano y David dividen a los visitantes en dos grupos y comienza la visita de nuestra Cartuja. En primer lugar se les explica a los asistentes cómo transcurre la vida en un monasterio, donde no todo es rezo y meditación. Los monjes debían rezar y también trabajar. *Ora et labora*, como había escrito en su regla San Benito de Nursia. Pero debían hacerlo de manera equilibrada.

Para ello se prestaba una especial atención a la regulación del horario, que muchas veces provocaba que hubiese horas diurnas de 75 minutos, mientras que las nocturnas sólo eran de 45.

Cada monje vivía en una celda individual. Diariamente se reunían para la misa y para la oración de maitines y vísperas.

Todo estaba recogido en las reglas que debía seguir cada monasterio, desde las tareas domésticas o los trabajos en el huerto, hasta la comida y la bebida. Cuestión esta última muy importante. La de los monjes era muy frugal: pan, agua y algo de sopa los domingos. Pero en honor a los chavales que ese día visitaban la Cartuja se haría una excepción. Los hermanos Victoriano y David reparten pan tostado con miel, manjar reservado sólo para el prior del convento. ¡Siempre ha habido clases!

Para alegrar a los visitantes mientras comen, un hermano lego entona algunas canciones un tanto subidas de tono. Ya que en la Edad Media no todo eran salmos y vidas de santos.

Una vez repuestas las fuerzas, pasamos a la sala de lectura, donde, mientras unos monjes leen las sagradas escrituras, otros copian los códices que guardan toda la cultura del mundo antiguo.

A la hora de copiar los manuscritos es necesario fabricar la tinta. Los hermanos Victoriano y David, cada uno con su grupo, proceden a la elaboración de la misma. Para ello habrán de mezclar los siguientes ingredientes: vino blanco, cerveza, un poco de vinagre, cola de clara de huevo, carbón para darle color y un toque de agua de rosas para darle buen olor.

Ya tenemos la tinta, pero ¿dónde está el papel? Aunque en esta ocasión ya lo tenían preparado, los monjes explican que para su fabricación hay que cortar, lavar y machacar trapos y papeles viejos. Luego se deja secar al sol, se prensa y se le satina con cola.

Como las tareas de copiado de los libros es un trabajo muy lento, el prior ha adquirido, durante uno de sus viajes, un artilugio que ha inventado un tal Gutenberg y que se llama imprenta.

Si bien, en un principio, los monjes desconfiaban de tal artilugio, quizás creado por el Maligno, tras una serie de pruebas constataron su magnificencia y su buen hacer. Podían reproducir los códices en mucho menos tiempo y en mayor cantidad, con lo cual la vida y milagros de San Bruno, fundador de los cartujos, por ejemplo, podría llegar a todos los monasterios de la orden.

Antes de proceder a la impresión, los hermanos Victoriano y David han de explicar a la asombrada concurrencia cómo se maneja tal aparato y para qué sirve cada pieza. En primer lugar relatan cómo se funden los tipos en los que van insertadas las diferentes

letras. Una vez que tenemos los tipos, cada grupo redacta un texto que debe pasar a componer mezclando los tipos. Se compone el texto y se coloca en la prensa. Cuando el texto ha quedado impregnado de tinta, se coloca encima el papel y se baja la prensa para que al presionar la lámina de papel sobre los tipos, el texto aparezca impreso. Cuando esto ocurre, la cara de los aprendices de impresor es todo un poema.

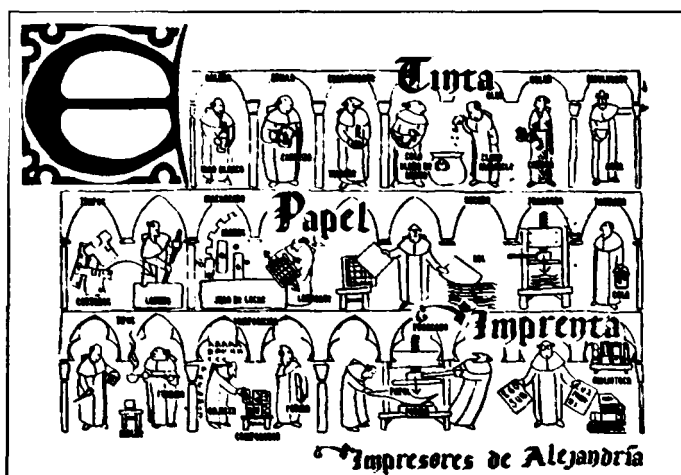
Para terminar la tarea, los monjes proceden al lacrado de los documentos que los nuevos impresores han reproducido con la ayuda de la imprenta. Con este sistema se impedirá que terceras personas puedan descubrir el contenido de los textos impresos.

Tras la finalización del proceso de impresión, los monjes conceden a cada participante el *Magister Impresorum Diplomae*, que le da derecho a utilizar el título de *Maestros* delante de su nombre y a ejercer la profesión de impresor dentro de los muros de su ciudad.

¿Qué objetivos perseguimos con este taller? Partiendo de la misiva "No se ama lo que no se conoce", nos proponemos el acercamiento al mundo del libro, sobre todo a su historia, a través de la invención de la imprenta, la tinta y el papel. Queremos poner de relieve el valor documental del libro, en un mundo en el que predominan los medios audiovisuales y la cultura de rápido consumo a través de la imagen.

Y todo con una participación eminentemente activa de las personas que asisten a la dinamización. Además, pensando en los profesores, este taller entronca directamente con asignaturas tales como lengua, literatura, historia, conocimiento del medio o plástica.

En una jornada muy particular, dos monjes cartujos, los frailes Victoriano y David, nos acercan a los albores de la imprenta y nos descubren el viejo sistema de impresión a través del cual todo el saber del mundo antiguo ha llegado hasta nosotros. ☑



#### Notas

- (1) CALVO, B.: "Animación a la lectura". En: *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA*. Nº 100, abril 1999, pp. 5-7.
- (2) CARRIÓN GÚTIEZ, M.: *Manual de Bibliotecas*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1988, p. 507.
- (3) DELGADO LIBRERO, A.; M. C. GÓMEZ VALERA y C. GUERRERO SALGUERO: "Alianzas y aliados". En: *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA*. Nº 100, pp. 72-74.